¡Qué nido de botellas! Neruda y Hernández entre sangre y vino

Javier Herrero

Universidad de Virginia

Manuel Durán, estudiando las relaciones entre los jóvenes poetas que acogieron entusiásticamente a Pablo Neruda a su llegada a España en 1934 dice que, a diferencia de la mayoría de ellos, que pertenecían claramente a la burguesía, Neruda y Hernández compartían orígenes proletarios: «Neruda era hijo de un obrero ferroviario. En sus años de estudiante en Santiago había conocido el hambre, la vida bohemia, el contacto con los bajos fondos [...] Hernández, pastor de Orihuela, había estado en contacto cotidiano con la pobreza, la estrechura, el trabajo duro, agotador, apenas remunerada.»¹ Nada más cierto. Szmulewicz cuenta que, ya con tres obras publicadas, un considerable prestigio literario, y a punto de ser nombrado cónsul, uno de los medios con que el pobre Neruda intentaba ganarse la vida era vendiendo ropa a domicilio.² Sin embargo, a pesar de esta afinidad socio-económica, y consiguientemente psicológica, que tendrá consecuencias decisivas para ambos, sus diferencias desde el punto de vista de la experiencia vital e ideológica no podían ser más diferentes.

¹ Manuel Durán, «Las afinidades electivas: Miguel Hernández y Pablo Neruda», en *Estudios sobre Miguel Hernández*, Francisco Javier Diez de Revenga y Mariano de Paco (eds), Murcia, Universidad de Murcia, 1992, pág. 159-166.

² Efraín Szmulewicz, *Pablo Neruda. Biografía emotiva*. Santiago de Chile, Ediciones Rumbos, 1988, pág. 45.

Pablo Neruda, es cierto, había experimentado en Temuco la dureza de la vida en un puesto fronterizo, en un clima infernal (él nos dice que lluvia y barro son imágenes que están indeleblemente asociadas a su infancia). En condiciones económicas muy estrechas, recibe una adecuada educación en los centros de enseñanza local (donde, en la escuela de niñas, está de directora Gabriela Mistral, lo que nos da la idea de que el gobierno no ignoraba las necesidades pedagógicas de sus puestos periféricos). Marchó luego a la Universidad de Santiago, donde participó de la bohemia artística de la ciudad, así como figuró activa y entusiásticamente en la Federación de Estudiantes Universitarios, una asociación de tendencias izquierdistas. Muy joven, a los diecinueve años, publica su primer libro de poesía, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Este libro lo consagra por varias razones. Por una parte produce un escándalo de crítica por su originalidad y atrevimiento formales. Pero además al descubrirse que el poema 10 es una interpretación (sus enemigos dirán un plagio) de *El jardinero* de Tagore, no sólo lo hace famoso, sino que también lo convierte en un centro de ataques y controversias que, como todo el mundo sabe, es lo mejor que le puede pasar a un escritor novel. A ese libro de poemas sigue uno de prosas que evocan sus años en Temuco, *El habitante y su esperanza* (1925), y otros dos de poemas *El hondero entusiasta* (que no se publicará hasta 1933) y *Tentativa del hombre infinito* (1926). De estos años dice Neruda, «Llevé una vida de hambre completa. Escribí mucho más que hasta entonces, pero comí mucho menos.»³ La situación de Neruda en estos años ha sido, pues, muy dura, pero su inmenso talento literario y su valerosa persistencia en su vocación le ha dado el prestigio que hace posible que un amigo, miembro de la distinguida familia Bianqui, lo proponga al ministro de Asuntos Exteriores para un consulado. Le ofrecen varios en una serie de países orientales cuyos nombres no entiende; sólo le suena Ragoon, y por él se decide sin tener ni idea de donde se encuentra. Pero suena exótico y oriental y eso le basta⁴.

El viaje inicial a Burma, Lisboa, Madrid, París y Marsella es probablemente el periodo más feliz de sus años consulares en

³ *Ibíd.*, pág. 46.

⁴ Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, Barcelona, Seix-Barral, 1979, págs. 94-95.

Oriente; transcurre de 1927 hasta 1932, año que regresa a Chile. Será cónsul sucesivamente en Ragoon, Ceilán, Singapur y Batava. En Singapur sólo en teoría ya que al llegar allí se entera de que el consulado sólo existía en el mapa del Ministerio de Asuntos Exteriores de Chile. Las peripecias del Neruda como cónsul en Oriente merecen una atención que no podemos darle aquí. Baste como resumen repetir lo que él nos dice en *Confieso que he vivido*. «Mi vida oficial funcionaba una vez cada tres meses.»⁵ Esa falta de actividad y el aislamiento en países cuyos idiomas, cultura y hábitos sociales le son ajenos, lo condena a una terrible soledad, a la que hay que añadir la estrechez económica de unos cargos miserable y esporádicamente remunerados. Sólo perdiéndose por las calles de esas extrañas ciudades podía escapar del vacío de su vida de exiliado profesional «Esta es la época más dolorosa de mi poesía. —escribe— La calle era mi religión.»⁶ Y de sus años en la Ceilán, del barrio de Wellawatha donde reside, dice: «La verdadera soledad la conocí en aquellos días y años de Wellawatha... La soledad en este caso no se quedaba en el tema de invocación literaria sino que era algo duro como la pared de un prisionero.»⁷ Pero esa soledad produce grandes frutos; lee incansablemente (Rimbaud, Quevedo, Proust son sus favoritos) y escribe gran parte de su primera indiscutible obra maestra, que tendrá una repercusión única en las letras hispánicas, *Residencia en la tierra*, que publica a su regreso a Chile en 1933. Nombrado ese mismo año cónsul en Buenos Aires, allí conoció a Federico García Lorca, formó con él una entusiasta amistad, y por él entrará al año siguiente, 1934, por la puerta grande de la literatura que en esos años se hacía en España, sobre la que ejercerá una definitiva y revolucionaria influencia.

Frente a ese Neruda en plena eclosión creadora, cosmopolita, endurecido y enriquecido por múltiples e intensas experiencias, Miguel Hernández es un pastor de cabras provinciano que comienza su carrera literaria. Sin embargo, en su escasa obra Neruda descubre el futuro gran artista: «Yo lo conocí —nos dice el mismo Neruda— cuando llegaba de alpagatas y pantalón campe-

⁵ *Ibíd.*, pág. 122.

⁶ *Ibíd.*, págs. 122-123

⁷ *Ibíd.*, págs. 130-131.

sino de pana desde sus tierras de Orihuela, donde había sido pastor de cabras... Me entusiasmaba el vuelo y el brío de su abundante poesía.»⁸ La amistad y la admiración mutuas son inmediatas, y se establece entre ellos una intimidad, que es una relación paternal y magistral por parte de Neruda, y de devoto, obediente, y a veces revoltoso hijo por parte de Miguel: «Miguel era tan campesino que llevaba un aura de tierra en torno a él. Tenía cara de terrón o de papa que se saca de entre las raíces y que conserva frescura subterránea. Vivía y escribía en mi casa. Mi poesía americana, con otros horizontes y llanuras, lo impresionó y lo fue cambiando.»⁹ Cuando hablo de que a veces Miguel era un chiquillo revoltoso en esa calurosa intimidad que lo une a Neruda, pienso en anécdotas como ésta que el cónsul, tan infantil a veces como él, nos cuenta: Miguel le quería explicar la belleza incomparable del canto del ruiseñor, que el chileno no conocía. He aquí el método que eligió: «El loco de Miguel quería darme la viva expresión plástica de su poderío. Se encaramaba a un árbol de la calle, y desde las más altas ramas, silbaba y trinaba como sus amados pájaros natales.»¹⁰

En cierto modo la vida de Miguel, siempre en los limitados confines de una levítica ciudad provinciana es tan fascinante como la vasta experiencia geográfica y cultural de Neruda. Hijo de un modesto campesino que se gana la vida negociando con unos rebaños de cabras y ovejas, y con los productos de un pequeño huerto que posee en las afueras de Orihuela, Miguel es un auténtico pastor y no un pastor literario (aunque la primera poesía que publique se titule apropiadamente «Pastoril»). Pero es un pastor muy poco corriente. Había asistido hasta el cuarto año de bachillerato a una de las mejores escuelas privadas de España, la de los Jesuitas de Orihuela, donde se educaba la aristocracia y la alta burguesía de la región levantina, y donde admitían alumnos que no podían sufragar los gastos. En tal concepto estudió Miguel. Allí, sin duda, adquirió las bases que le permitieron luego, como autodidacta, poseer una admirable cultura clásica. Efectivamente, como pastor, Miguel tenía todo el tiempo del

⁸ *Ibíd.*, pág. 163.

⁹ *Ibíd.*, pág. 164.

¹⁰ *Ibíd.*, pág. 165.

mundo. A diario acudía al trabajo con una cesta donde llevaba la comida y una serie de libros de autores clásicos que compraba en las baratísimas ediciones populares de la colección la Farsa, o que le prestaban sus amigos y protectores. Entre ellos se contaba el canónigo Luís Almarcha, vecino y mecenas suyo, al que debe la protección que le permitió comenzar a publicar en la prensa regional. Pero al lugar, y a los amigos, que influyeron más directamente en su formación y carrera, llegó por un accidente que podríamos llamar providencial. Miguel, a los diecisiete años, acudía a diario a vender leche, que él ordeñaba de las cabras, al Café de Levante de Orihuela. Para llegar allí, desde su casa, tenía que pasar frente a la panadería de los hermanos Fenoll, Efrén, Carlos y Josefina. Efrén era «amigo inseparable de juegos y correrías» de Miguel.¹¹ No sorprendente en la pequeña burguesía de la época, uno de los hermanos, Carlos, era un apasionado aficionado a la literatura y un modesto poeta que publicaba en el periódico local *El pueblo de Orihuela*. Resultado de ese entusiasmo era el que hubiera formado una tertulia en la panadería a la que acudían otros aficionados locales y, especialmente importantes para la carrera de Miguel, un joven estudiante de Derecho que era novio de Josefina Fenoll, José Marín Gutiérrez, que era conocido ya por su nombre de pluma Ramón Sijé. Nombre que Miguel Hernández haría inmortal con uno de los más grandes poemas de la literatura española, la «Elegía a Ramón Sijé». El canónigo Almarcha, Carlos Fenoll, Ramón Sijé, y otros personajes oriolanos, editores de periódicos, generalmente mecenas locales que subvencionan varias publicaciones, y que tienen contactos tanto en Orihuela como en Alicante y Murcia, le ayudan a que empiece a ser conocido en los círculos cultos de la región. El ambiente en que se mueve, sin embargo, es culturalmente limitado y marcado por el carácter profundamente religioso del círculo local que lo acogió. *El Pueblo de Orihuela* es el órgano de Círculo Obrero Católico; el periódico murciano *La Verdad* se había fundado igualmente como publicación de los Sindicatos Católicos de la Región Murciana. Su

¹¹ Luís Miravalles, «Primeros pasos poéticos de Miguel Hernández», en *Miguel Hernández Cincuenta años después. Actas del Primer Congreso Internacional*, I, Alicante, Elche, Orihuela, Comisión Homenaje a Miguel Hernández, 1992, , pág. 289.

más entusiasta protector, que conseguirá que *La Verdad* publique en 1933 el primer libro de Miguel, *Perito en lunas*, es un canónigo de la Catedral de Orihuela, y Ramón Sijé es un muy activo y entusiasta partidario de los grupos de derechas que patrocinan una política íntimamente unida a la iglesia.¹² No es sorprendente por tanto que, Miguel sea profundamente conservador; actitud que mantiene hasta su marcha a Madrid. Así el 8 de febrero de 1934, un mes antes de partir para la capital, publica un artículo en *La Verdad* de Murcia en el que incita a obreros y campesinos a que no dejen que la ira envidiosa los mueva a la rebelión: «venid aquí, hijos del surco, vuestra vida es la tierra como [lo es] vuestra muerte». Si os rebeláis «os inclináis al crimen, no a la tierra».¹³ Y del drama que escribe en esos días, *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras*, dice Cano Ballesta, «Todo lo revolucionario, social y antirreligioso es presentado aquí como la voz del tentador que trata de pervertir al hombre. El pensamiento religioso tradicional... domina todavía plenamente en este drama sacro».¹⁴

Cuando Miguel Hernández llega a Madrid, en marzo de 1934, Neruda no ha llegado todavía a España. Su inmediata ocupación es, claro esta, encontrar un medio de ganarse la vida, lo que obtiene con la ayuda de José Bergamín, quien le consigue un puesto de asistente de Ortega y José María de Cossío en la preparación de una *Enciclopedia de los Toros*. Al mismo tiempo, empieza a conocer a los poetas del 27, a los que su libro *Perito en lunas*, tan exaltadamente Gongorino, así como las lecturas privadas de los sonetos de su aún no publicado *El rayo que no cesa*, comienzan a abrirle camino como joven poeta lleno de promesa. Miguel Hernández se encuentra pues en ese periodo de difícil adaptación cuando en mayo de 1934 llega Neruda a Barcelona. Neruda no era ni mucho menos un desconocido a su llegada a España. Como indicamos

¹² Francisco Esteve Ramírez, «Miguel Hernández periodista» (pág. 329; en *Miguel Hernández Cincuenta años después. Actas del Primer Congreso Internacional*, I, Alicante, Elche, Orihuela, Comisión Homenaje a Miguel Hernández, 1992, , págs. 319-322; Luís Miravelles, «Primeros pasos poéticos de Miguel Hernández», *Ibíd.*, págs. 289-91.

¹³ Juan Cano Ballesta, «Miguel Hernández y su amistad con Pablo Neruda. Crisis estética e ideológica a la luz de unos documentos», *La Torre. Revista de la Universidad de Puerto Rico*, XVI, 60, 1968, pág. 127

¹⁴ *Ibíd.*, pág. 128.

antes, había conocido e intimado con Lorca en Buenos Aires el año anterior. De hecho habían causado ciertos cómicos escándalos en el mundo artístico bonaerense al dar conferencias conjuntas en que cada uno pronunciaba unos cuantos párrafos en que veras y bromas se mezclaban en dosis que desconcertaban y divertían al público. También había mantenido correspondencia con Rafael Alberti, quien quiso, sin éxito, publicar en España la obra de Neruda *Residencia en la tierra*. Entusiasta y leal amigo, Lorca invita a Neruda a dar una conferencia en la Universidad de Madrid el 6 de diciembre de 1934, a la que acuden la mayor parte de los más distinguidos miembros de la vida intelectual madrileña y los jóvenes de la Generación del 27 en pleno. Entusiasmado con esta cálida recepción, Neruda pide el traslado a Madrid, y con él comienza uno de los momentos cumbres de la vida cultural de la peregriación en España. Cito de nuevo al crítico Cano Ballesta en la apreciación de este encuentro entre el hispanoamericano Neruda y sus amigos españoles: «La llegada de Neruda a Madrid fue, dentro de las letras de habla española, un encuentro fecundante, un acontecimiento comparable, en muchos aspectos, a la visita de Rubén Darío cuatro décadas antes»¹⁵. Y tan entusiasta recepción tuvo una significación que trascendió la vida cultural española ya que repercutió también en Latinoamérica: El entusiasta patrocinio de Lorca, al establecerlo como un indiscutible y genial innovador artístico «significó para el poeta chileno una consagración definitiva, que le allanó los senderos de la fama en su mismo ambiente americano».¹⁶ El mismo Neruda dirá años más tarde, en unas declaraciones al periodista chileno Alfredo Cardoso Peña que es en estos primeros meses en Madrid es cuando «se siente por primera vez en su vida... reconocido y admirado, y los amigos y críticos le descubren la íntima estructura de su obra y le hacen tomar plena conciencia de su arte».¹⁷

Neruda comentará años más tarde con entusiasmo el calor de su acogida en Madrid: «A los pocos días yo era una más entre los poetas españoles.... Los españoles de mi generación eran más fraternales, más solidarios y alegres que mis compañeros de América

¹⁵ *Ibíd.*, pág. 102

¹⁶ *Ibíd.*, pág. 103.

¹⁷ Citado por Juan Cano. *Ibíd.*, págs. 104-105.

latina. Comprobé al mismo tiempo que nosotros éramos mas universales, mas metidos en otros lenguajes y otras culturas». ¹⁸ De la noche a la mañana Neruda es Pablo para todos sus amigos, y con esa generosidad desbordante que lo caracterizó siempre, su casa se convierte en un centro de reunión de sus amigos poetas donde todos los temas humanos y divinos se discuten. En unos versos nostálgicos que publicará más tarde, que los estudiantes de mi generación leían con devoción religiosa, Neruda recordó así estos años mágicos:

Preguntaréis, Y donde están las lilas? / Y la metafísica
cubierta de amapolas? / Y la lluvia que a menudo
golpeaba / sus palabras llenándolas / de agujeros y
pájaros? [...] Yo vivía en un barrio / de Madrid [...] /
Desde allí se veía / el rostro de Castilla / como un
océano de cuero. / Mi casa era llamada / la casa de
las flores, / porque por todas partes / estallaban
geráneos. / Te acuerdas Rafael? / Federico te acuerdas,
debajo de la tierra?

Dos acontecimientos de excepcional importancia cristalizan la influencia de Neruda en esa generación. La publicación de la revista *Caballo Verde para la Poesía* y la aparición de *Residencia en la tierra*. En la primera, en el primer número, de Octubre de 1935, Neruda publica un «Prólogo» que es un manifiesto poético que continúa con breves escritos titulados «Sobre una poesía sin pureza», «Los temas» y «Conducta y poesía». Neruda defiende la ruptura iniciada por las vanguardias, pero propone ampliar los tópicos poéticos a temas alejados de la lírica tradicional y de la contemporánea. Sugiere que cualquier contacto del hombre con la tierra, cualquier testimonio del esfuerzo y del sudor humano, son poéticos: «ruedas, sacos de carbonería, barriles... objetos penetrados del sudor ... olientes a orina y azucena... declaraciones de amor y de odio». Incluso el envilecimiento es lícito cuando las justas aspiraciones, los sueños legítimos del hombre, se derrumban. Entonces «entran en la casa de la poesía los dientes y las uñas y las

¹⁸ Pablo Neruda, *op.cit.*, págs.162-63.

ramas del feroz árbol del odio». Y la publicación de *Residencia en la tierra*, confirma en la práctica poética lo que predica en los manifiestos.¹⁹

Los manifiestos y *Residencia* fueron recibidos con enorme interés y respeto por los jóvenes artistas que con tanto cariño lo acogieron y los influyó poderosamente: «La presencia de un elemento corrosivo y de un fermento como el de *Residencia* de Neruda enriqueció las posibilidades de creación artística, aportando un poderoso ingrediente renovador».²⁰ Pero en ninguno ejerció el efecto transformador que experimentó Hernández. Lleno de entusiasmo, se atreve a enviar a *El Sol*, uno de los periódicos más leídos en España, una crítica de *Residencia*. El libro, nos dice, es «un desbordamiento lírico que nos enseña a liberarnos de trabas de toda clase». Neruda es «un roble con la piel descortezada, las heridas del hacha y el tiempo al aire libre, el tronco desgarrado y el alma hecha aposento de pájaros afligidos...». Su gran poema es «un enorme río desbordado que todo lo arrastra en su corriente turbia y tormentosa». Y, con la brusca espontaneidad del pastor artista, Hernández concluye con esta expresión que parece recoger en su tono y articulación irreverente la lección del maestro: «Estoy harto de tanto arte menor y puro... Basta de remilgos y empalagosos poetas que parecen monjas confiteras».²¹ Tanto los manifiestos de Neruda, cuanto *Residencia*, dejan una huella imborrable en el arte del poeta oriolano. Los grandes poemas que escribe a continuación («Mi sangre es el camino»; «Sino sangriento»; «Vecino de la muerte» y sus grandes églogas y odas) llevan la marca del maestro. Pero seguramente la metamorfosis que Miguel experimenta no hubiera sido tan radical sino hubiera ido acompañada de una intimidad que sólo puede definirse con las palabras que Miguel dedicó a otro gran amigo de sus años oriolanos, a Ramón Sijé. Neruda fue «el compañero del alma», a quien no sólo quería, sino que, con una compenetración de hermano y de alumno, miraba y quería el mundo con él, conjuntamente («con quien tanto que-

¹⁹ Citado por Juan Cano, *op. cit.*, pág. 113-116.

²⁰ *Ibíd.*, pág. 102.

²¹ Robert Marrast, «Miguel Hernández y Pablo Neruda», en *En torno a Miguel Hernández*, ed. Juan Cano Ballesta, Madrid, Castalia, 1968, págs. 76-94.

ría»). Y sin duda ese ilimitado afecto nacía, no sólo de la admiración y la amistosa convivencia, sino también de la alegría y la gratitud de saberse igualmente admirado y querido del gran poeta chileno. Neruda escribirá años mas tarde en *Confieso que he vivido*: «El recuerdo de Miguel no puede escapárseme de las raíces del corazón... Sus ojos quemantes... eran dos rayos de fuerza y ternura». Y Neruda siente la emoción de encontrar su huella en los versos del amigo:

Los elementos mismo de la poesía los vi salir de sus palabras, pero alterados ahora por una nueva magnitud, por un resplandor salvaje, por el milagro de *la sangre vieja* transformada en un hijo. En mis años de poeta, y de poeta errante, puedo afirmar que la vida no me ha dado contemplar un fenómeno igual de vocación y de eléctrica sabiduría verbal.²²

Y qué son estos versos sino la orgullosa proclamación de un padre que se reconoce en un hijo genial:

Se llamaba Miguel. Era un pequeño / pastor de la orilla / de Orihuea. / Lo amé y puse en su pecho / mi masculina mano, / y creció su estatura poderosa / hasta que en la aspereza de la tierra española / se destacó su canto / como una brusca encina / en la que se juntaron / todos los enterrados ruisseñores.²³

Miguel corresponde al amor paternal de su mentor de la forma más profunda en que un artista puede hacerlo: incorporándolo a su propia obra. En el magnífico himno a la amistad que es la «Oda entre sangre y vino a Pablo Neruda»

Hernández no sólo canta a su amigo, sino que lo recrea al expresar, en imágenes que parecen obedecer las normas de los manifiestos de *Caballo verde*, la intensidad de la amistad que los

²² Pablo Neruda, *op. cit.*, pág. 165.

²³ Francisca Noguerol, «Miguel Hernández. Cincuenta años después. Actas del Primer Congreso Internacional, vol. II, pág. 811.

une. La imagen inicial del poema, sin embargo, es puro Hernández. Un nido, el símbolo exacto del amor familiar, con su imagen de la pareja de pájaros alimentando a las crías que abren permanentemente sus bocas en insistente petición de alimento, es la imagen apropiada a un pastor/poeta. Pero inmediatamente la metáfora pastoril se enriquece con connotaciones nerudianas: ese nido está situado en la rama de un árbol selvático: ¡Para cantar, qué rama terminante, / Qué espejo aparte de escondida selva, / ... / Qué nido de botellas, ...la taberna!». La taberna es un nido donde un pájaro (maternal más que paternal) alimenta al pajarito, al que una gloriosa amistad lo une. Esa unión es un ansia y fuente inagotable de entusiasta comunicación e intimidad: «Hay un rumor de fuente vigorosa / ... / con espumas creadas por los vasos / y el ansia de brotar y prodigarse». Y ese ansia de darse el uno al otro es inspirada por la inmensa generosidad de Neruda que entra en la taberna como un divino Neptuno portador de maravillosos tesoros: «De corazón cargado, no de espaldas / con una comitiva de sonrisas / llegas entre apariencias de océano / que ha perdido las olas y los peces / a fuerza de entregarlos a la red y a la playa». La presencia de Neruda da al nido/taberna un carácter sagrado; transforma la taberna en templo: Las imaginarias manchas de vino en las paredes se transforman en vestiduras episcopales («pasas entre paredes que chorrean / capas de cardenales y arzobispos») y la voz misma del maestro y amigo adquiere un doble y misterioso poder: como en la comunión, transforma el vino en sangre de Cristo, en dulzura evangélica. Pero esa dulzura no es trascendente, pertenece a la tierra: la voz de Neruda, cargada de amor y de magia, es como un perro que los enlaza en una fidelidad dulce y luminosa:

Viene a tu voz el vino episcopal / alhaja de los besos y los vasos / ... / moviendo un rabo de rumor y relámpagos, nos relame, muy bueno, nos circunda / de lenguas tintas / ... / y una líquida pólvora nos alumbra y nos mora» Y de esa sangre, al mismo tiempo sagrada y selvática, dulce como un perro y violenta como la pólvora, surgen ahora, junto con el compartido amor por la palabra mágica y lírica («le decimos al ruiseñor que beba / y su lengua será más fervorosa»), las futuras violencias revolucionaria:

«De nuestra sangre ahora surgen crestas / ... /
vibran martillos, alimenta fraguas» [...] ²⁴

La «Oda» a Pablo Neruda es, sin duda y sobre todo, una obra de amor. Pero es también un homenaje literario a un venerado maestro. Sin duda que las imágenes del nido y del sagrario son hernadianas, pero ese nido está situado en la rama de un árbol y mágicamente se transforma en taberna. Neruda es un desbordante océano; su voz es un perro que los lame con la tinta lengua del vino; estalla en pólvora y vibra con martillos. Cuando Neruda dice de Miguel Hernández «Lo amé y puse en su pecho / mi masculina mano» no está expresando solamente la permanencia del gran afecto que los unió, esta declarando un hecho poético que tuvo una enorme transcendencia en la literatura española. Dijimos anteriormente que la influencia de Neruda «enriqueció [en España] las posibilidades de creación artística» y que aportó «un poderoso estímulo renovador». En ningún caso fue este estímulo tan trascendental como en la metamorfosis que Hernández experimenta bajo su paternal y afectuosa influencia.

²⁴ Miguel Hernández, *Obra Poética Completa*, Introducción, estudios y notas de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia. Bilbao, Zero, 1976, págs. 272-273.

BIBLIOGRAFÍA

- CANO BALLESTA, Juan, «Miguel Hernández y su amistad con Pablo Neruda. Crisis estética e ideológica a la luz de unos documentos», *La Torre. Revista de la Universidad de Puerto Rico*, XVI, 60, 1968, págs. 101-141.
- DURÁN, Manuel, «Las afinidades electivas: Miguel Hernández y Pablo Neruda», en *Estudios sobre Miguel Hernández*, ed. Francisco Javier Diez de Revenga y Mariano de Paco, Murcia, Universidad de Murcia, 1992, págs. 159-166.
- ESTEVE RAMÍREZ, Francisco, «Miguel Hernández periodista», en *Miguel Hernández Cincuenta años después. Actas del Primer Congreso Internacional*, vol. I, Alicante, Elche, Orihuela, Comisión Homenaje a Miguel Hernández, 1992, págs. 319-322.
- HERNÁNDEZ, Miguel, *Obra Poética Completa*, Introducción, estudios y notas Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia, Bilbao, Zero, 1976.
- MARRAST, Robert, «Miguel Hernández y Pablo Neruda», en *En torno a Miguel Hernández*, ed. Juan Cano Ballesta, Madrid, Castalia, 1968, págs. 76-94.
- MIRAVALLS, Luis, «Primeros pasos poéticos de Miguel Hernández», en *Miguel Hernández Cincuenta años después. Actas del Primer Congreso Internacional*, Alicante, Elche, Orihuela, Comisión Homenaje a Miguel Hernández, 1992, vol. I, págs. 289-304.
- NERUDA, Pablo, *Confieso que he vivido*, Barcelona, Seix-Barral, 1979.
- NOGUEROL, Francisca, «Miguel Hernández y Pablo Neruda: los frutos de una amistad», *Miguel Hernández. Cincuenta años*

después. Actas del Primer Congreso Internacional, Alicante, Elche, Orihuela, Comisión Homenaje a Miguel Hernández, 1992, vol. II, págs. 805-12.

SZMULEWICZ, Efraín, *Pablo Neruda. Biografía emotiva*, Santiago de Chile, Ediciones Rumbos, 1988.